

# La sartén

Antonio Villarroel



# Capítulo 1

La sartén:

No sé cómo, no sé por qué, pero de un momento a otro me hallaba huyendo de una bestia inhumana, monstruosa y gigantesca, y viéndome acorralado por esta me acurruqué lo mejor posible junto a un salero para pasar inadvertido del gigante. Todo se vio negro un instante incierto cuando caí sobre una pila gigante de mantequilla, es decir, una cucharada que para mí era como una gran colina amarilla. Escuché el gas del fuego encenderse en el subsuelo y comprendí todo.

La mantequilla se estaba derritiendo y en la locura de la desesperación inmediata tuve la idea de cubrirme con la mantequilla que me cocinaría. Todo el cuerpo revestí sin detenerme en suplica alguna, mientras lloraba y gemía, sintiendo los vapores de la mantequilla caliente, faltaban segundos para alcanzar el ardiente piso metálico y comenzar a quemarme, a freírme vivo.

El gigante tuvo una idea antes de presenciar mi diminuta tragedia, tomó un cordón, lo acercó a mí y dijo en su dialecto: "veamos cuanto aguantas", me sujeté al cordón con todas mis fuerzas, pero la mantequilla hacía muy difícil sostenerme después de unos breves momentos. No podía sostenerme más tiempo, mis brazos estaban agotados, pero tenía el impulso de seguir aferrándome torpe y angustiadamente, puesto que la mantequilla ya hacía una laguna reverberante debajo de mí, el gigante dijo: "ya debes resignarte, el hecho es que arderás frito sobre la sartén, no podrás sostenerte el tiempo suficiente, no podrás salir de esta", en ese instante mi brazo soltó el cordón, sosteniéndome solo de uno, resignado vi como mi otro brazo se deslizaba y se soltó bajo las crecientes y espantosas risas del gigante, preludio de una agonía que jamás había experimentado.

Caí de espaldas y sentí el ardor frío e inaudito, me puse en pie rápidamente lleno de pánico, de dolor, mis pies se estaban quemando, saltaba, me ponía en un solo pie y luego en el otro, el infierno a mi alrededor me comprimía y no me dejaba respirar, no podía huir del dolor y de la muerte cercana que añoraba y de la lejana posibilidad de vivir, y actuaba sin conciencia.

Cuando mis pies ya no aguantaban, sobre las burbujas caí de rodillas, las cuales por su sensibilidad me obligaron a sentarme, me puse en pie pero era insoportable, me tropecé y me di el baño de cuerpo completo con la mantequilla derretida que me fulminaría, mi piel comenzaba a caerse, mis ojos lagrimeaban sangre y muy prontamente había quedado ciego, termine por rendirme cayendo de espaldas y agitándome levemente con pequeñas convulsiones, finalmente me puse rígido con las extremidades

tiasas y en posición fetal siendo esto último *post mortem*.

Ahora, para mí el tiempo de mi muerte me fue muy lento y tormentoso, para el gigante que me vio solo abrían transcurrido unos pocos segundos, luego el gigante apagó el fuego, tomó mi crocante cuerpo con un tenedor, me miró con lastima y dijo: "pobrecito, menos mal que yo moriré tranquilo en una cama y de viejo", luego la cucaracha me masticó como a una botana. Volviendo en mí sobre este pensamiento, hice un respingo, desempañando los ojos sin usar las manos, rompí el huevo sobre el sartén y viendo a la cucaracha quieta en la pared a los ojos dejé que el blando cuerpo cobrara forma.